



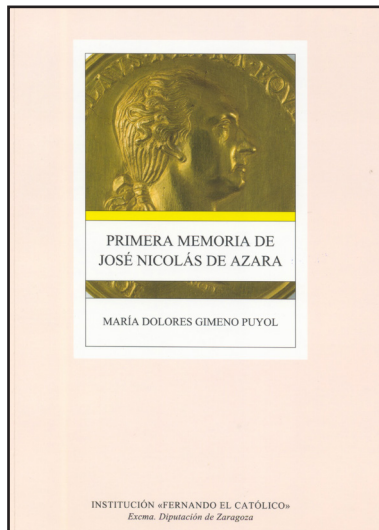
Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 21 (2015)

José Nicolás de AZARA (2014), *Primera memoria*, ed. de María Dolores Gimeno Puyol, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 245 pp.



Entre fines de 1796 y febrero de 1798 el aragonés José Nicolás de Azara, representante español en Roma por muchos años, elaboró una memoria de sus gestiones diplomáticas entre el gobierno pontificio de Pío VI y el ejército francés invasor de Italia capitaneado por el general Bonaparte. Abarcaba desde el comienzo de la invasión gala hasta la firma de la Paz de Tolentino en febrero de 1797. En los años siguientes escribiría una segunda memoria (de Tolentino a la ocupación francesa de Roma a comienzos de 1798) y una tercera (su embajada en París ante el Directorio durante 1798 y 1799). Una cuarta memoria reservada a su segunda embajada parisina de 1801-1803 durante el Consulado parece que no llegó a materializarse y de ella no quedado rastro.

Esas tres piezas no fueron concebidas para su publicación inmediata y cuando Azara murió en 1804 constituían objeto de codicia e interés para muchos que deseaban conocer los entresijos de aquellos graves acontecimientos que habían puesto en el alero la subsistencia de la Sede Romana. No obstante, no vieron la luz hasta 1847, cuando el sobrino del autor, Agustín de Azara, marqués de Nibbiano, contrató al historiador Basilio Castellanos de Losada para llevar a la imprenta una versión sumamente manipulada, bajo el título de *Revoluciones de Roma*. El fin de la edición era glorificar a Azara como un prócer

español y católico, y por tanto borrar la huella de su volterianismo ilustrado y sus críticas al papado, a los jesuitas y a la corrupción de la Iglesia. En 1994 Gabriel Sánchez Espinosa publicó en la editorial Peter Lang una reedición de las memorias segunda y tercera a partir del manuscrito no censurado que conserva la Biblioteca Nacional con la signatura ms. 20121. Esa versión fue reeditada, ya sin aparato crítico filológico y en un formato editorial más grato, por la Institución «Fernando el Católico» en 2000. Así, dos de las tres memorias fueron rescatadas de la reescritura que les impuso su ultracatólico heredero. Ahora podemos felicitarnos de que la misma editorial zaragozana publique una edición también casi completamente restaurada de la primera de las memorias, a cargo de María Dolores Gimeno Puyol, especialista en el autor y editora de su voluminoso *Epistolario* (Madrid, Castalia – IFC, 2010).

Gimeno hace una convincente reconstrucción del *stemma* de transmisión de las tres memorias. Resumiendo: la edición de 1847 se hizo sobre el original de la primera y sobre copias fieles de las otras dos. El original de la primera seguramente fue destruido después, pues consta que tal era la intención del marqués de Nibbiano a fin de borrar las huellas de la manipulación para siempre; dos copias de las memorias segunda y tercera, sin embargo, se salvaron por otra vía y acabaron en la Biblioteca Nacional, donde Sánchez Espinosa las usó para su edición. Lo que justifica este nuevo trabajo es el hallazgo en la Biblioteca de Cataluña de Barcelona de un manuscrito no censurado de la primera memoria, adquirida por ese centro en 1963 (signatura Reserva, ms. 2332). Son 135 páginas escritas con letra de amanuense a comienzos del XIX. Esta versión es incompleta, pues solo cubre dos terceras partes de la edición total, mientras que el tercio final (a partir de la p. 190) se completa con el texto preparado para la imprenta por Castellanos de Losada, de modo que estamos ante una edición mixta, que combina dos textos base diferentes según las partes. Para liar más el asunto, la copia de Barcelona —quizá copia de otra copia— es bastante deficiente: no se hizo bajo supervisión del autor, no está completa y tiene errores y malas transcripciones, peores que las que realizó el editor de 1847, quien manipulaba el contenido, pero poseía mejor técnica. Así que a veces su edición ofrece mejores lecturas que el manuscrito en los puntos donde no está concernida la ideología. Pero donde sí está concernida el contraste entre ambas versiones es brutal: se han mutilado sin contemplaciones las críticas a la Iglesia y al Papa, la simpatía que demuestra en ocasiones Azara hacia los franceses y cuestiones de naturaleza sexual o íntima. Baste decir que las treinta páginas iniciales del manuscrito se resuelven en 1847 con una sola frase. El autor era muy libre en su modo de enjuiciar conductas y caracteres, y salpica sus memorias con comentarios despreciativos sobre muchos de los personajes que conoció, que aluden a su origen o a su comportamiento moral; en 1847 todo eso se poda, a fin de buscar una prosa pacata, seria, histórica y, en una palabra, decimonónica.

Por tanto, aunque la fuente de esta nueva edición no supone un testimonio del todo fiable filológicamente, a falta de otro mejor sirve para acercarse mucho a lo que escribió Azara en realidad y para sortear las mutilaciones de 1847. Es esta la prez y la grandeza de la filología: salvar de entre el caos del tiempo, las vanidades, los odios, los azares y los intereses, la voz más pura del autor, aunque nos llegue entrecortada, amortiguada o distorsionada. Ahí está, otra vez, en su verdad posible, lo que el caballero Azara escribió, con su saber y sus pasiones, sus luces y sus sombras, en su gabinete italiano hace más de doscientos años. En eso consiste la buena filología, en rescatar voces, restituir tonos y rearticular melodías perdidas. Hay que felicitar por ello a María Dolores Gimeno antes de entrar en materia.

Este libro forma serie en cierto modo con la edición de Sánchez Espinosa de 2000, sobre la que puede verse mi reseña en *Cuadernos Dieciochistas* (nº 2, 2001, pp. 290-292).

Esta búsqueda de serialidad, por superficial que sea, acaso explique que se siga relegando el nombre del autor del libro (Azara) al título y se asigne la mención de autoría a la editora (Gimeno), una mala costumbre muy repetida en los últimos tiempos, que al encabezar la presente reseña no he reproducido. Hemos de reivindicar entre todos los practicantes de este oficio el valor y la importancia de la filología: las noventa páginas de estudio previo, las 233 notas, el índice onomástico y, sobre todo, el esfuerzo de fijación y limpieza de más de doscientas páginas de texto de Azara, son más que suficientes para avalar por sí mismo y sin pretextos el esfuerzo y el mérito que conlleva una buena edición filológica y la dignidad inherente al rótulo «edición de» en la cubierta de un libro. Quizá las editoriales y los jerarcas de las actuales inquisiciones calitocráticas que preservan las ortodoxias inventadas de la actual universidad española no lo saben o no lo entienden, pero habría que persuadirles de ello.

Los criterios de edición son pulcros y profesionales, y sus opciones legítimas dentro del territorio de lo opinable. Solo apuntaría que quizá la modernización y unificación de antropónimos y topónimos suponga una injerencia excesiva, y que antes que cambiar «Vandea» por «Vendée» cabrían otras opciones, sobre todo cuando en esos casos se anota siempre a pie de página, con lo cual sería mejor mantener la escritura original en el cuerpo del texto y la forma más normativa pasarla a la nota. En cuanto al texto de Azara en sí, su transcripción y puntuación, la editora se enfrenta a una copia hológrafa con muchos defectos que solo puede cotejar con una edición impresa muy intervenida, de modo que no es raro que haya un cierto número de lugares donde el sentido o la sintaxis no quedan del todo claros. Daré solo alguna muestra, como en la p. 120, donde se dice que «varios infortunios que llegaron nos lo impidieron», donde parece más lógico que el original dijera «importunos», o como en la p. 140, en que al duque de Parma lo tratan «como enemigo, sin que hubiese ni aun soñado verlo» (¿«serlo?»). No son casos únicos, y en esos u otros lugares habría venido bien una anotación más abundante sobre cuestiones ecdóticas, además de la excelente anotación documental sobre personas y acontecimientos, que es irreprochable.

La introducción se desempeña con el pulso firme y la seguridad de una especialista rigurosa que está hablando de «su» autor. Gimeno es actualmente la mayor estudiosa de Azara y eso se deja ver en cada línea, junto con el resto de cualidades que la adornan en todos sus trabajos: una prosa precisa y elegante y una información oportuna, bien digerida y claramente ordenada. No sobra ni falta nada. De Azara como memorialista se ocupa el epígrafe más extenso de la introducción (pp. 31-68). No es baladí que esta primera memoria la escriba cuando ha caído en desgracia ante Pío VI y su conducta es criticada por los romanos, igual que las dos siguientes las hará al ser exonerado de su embajada. La autobiografía política es un acto inverso y complementario al de la acción política: se escribe cuando no se puede actuar, desde el fracaso, el retiro o el resentimiento. La visión de Gimeno es objetiva, pero, como suele ocurrir, muy empática. Sus críticas a la corrupción e inmoralidad del Papado y de la curia las interpreta como una defensa de la ejemplaridad de los dirigentes y del regreso a la pureza primitiva de la Iglesia (p. 62); su juicio de los excesos de la revolución, como una ecuánime equidistancia entre las necesarias reformas y su sentido del orden y la justicia (pp. 63-64). No digo que no, pero quizá compra con demasiada facilidad el envoltorio retórico y moralista que exige una escritura de tal naturaleza. La pose de Azara como hombre justo y racional que observa los excesos de unos y otros, desde su retiro de los negocios, imitando a un Tácito o un Horacio, no es más convincente que la de estos. También ocurre que ciertas máscaras acaban mimetizando el rostro real que pretenden ocultar y acaso Azara, el crítico analista y malediciente atisbador de sus cohabitantes de la corte romana, sinceramente se creyera incontaminado

de aquella feria de vanidades y venalidades de la que participaba. O acaso soy yo ahora el moralista, por no ser capaz de verlo por encima de la corrupción, sino en medio de ella.

El caballero Azara sabía bien lo que escribía y cómo conseguir su objetivo. Y conocía a fondo a los historiadores de la Antigua Roma, cuyos ecos resuenan en su prosa. Destaco el arranque de la *Primera memoria*, magnífico, inolvidable y digno de un Salustio, donde deja claro de un plumazo cuál es el tema central de su obra, más incluso que su propia vida, las revoluciones o Napoleón: el poder de la Sede Romana. «Existía un imperio de una especie diferente de todos los demás. Le fundó la religión; le cimentaron las virtudes y la persecución. Por muchos siglos se sentaron en su trono sujetos de mérito grande, que con la persuasión y el ejemplo atrajeron las naciones a sujetarse a sus leyes y sistemaron la división especulativa del hombre moral y el hombre físico» (p. 95). Y en pocas líneas más, con juicios rotundos y frases precisas, compendia dos mil años de historia de la Iglesia. Son páginas espléndidas y descreídas: nos habla de una institución que ha convencido a los hombres de la existencia de una vida eterna y mejor a fin de hacerse dueña de este mundo, de sus voluntades y de sus riquezas. Habla con la voz más crítica y racionalista de la Ilustración europea, a la que pertenece. Va más allá del ataque al primado romano y a sus corrupciones, aunque tras abrir esa puerta opta elegante y prudentemente por no atravesarla y se concentra en mostrar las iniquidades modernas de la Santa Sede sin aludir casi nunca a la parte espiritual de las creencias.

Son solo unas cuatro páginas antes de empozarse de lleno en el despiadado retrato del papa Braschi y en un sinfín de maledicencias menudas. El coprotagonista de estas memorias es, en efecto, Pío VI, interlocutor de Azara, amigo, cómplice, antagonista o rival según los casos, de quien se traza una retrato demoledor. A pesar de la fuerza de esa semblanza, a menudo da la impresión de que el buen estilo y el juicio despejado de Azara se desaprovecha entre intrigas y cabildeos. Se complace en mostrar una y otra vez las entretelas más mezquinas del gobierno papal y de la diplomacia, un incesante encadenamiento de venalidad, flaquezas e hipocresías. No en vano «Roma es una patria sin patria: un confuso de gentes que vienen [...] a probar fortuna en un gobierno electivo que a nadie excluye» (p. 187). Y por supuesto destaca su papel en todo ello, clarividente y siempre eficaz. Tras referir su mediación personal entre el emperador austriaco José II y Pío VI, en la que se adjudica a sí mismo el todo de la solución, remacha tan ufano, para que no quede la menor duda de cómo un buen embajador maneja los negocios del mundo, que «todo se ejecutó como yo había dispuesto [...] y el riesgo del mayor conflicto en que han podido hallarse el sacerdocio y el Imperio se ajustó en un palco de un pequeño teatro, mientras se cantaba una mala ópera bufa» (p. 121). Esto es lo que se llama salir a escena a saludar.

Y otro gran tema de estas memorias es la revolución, no en su sentido político, sino en un sentido más profundo: el choque entre los viejos y los nuevos modos. Azara vive una época convulsa, un cambio que seguramente nunca esperó vivir en sus largos años de cortesano, humanista y anticuario en la fastuosa Roma donde ocupaba un empleo muy poderoso. Como explica Gimeno, «la negociación de 1796 crea al memorialista» (p. 46); le saca de sus ocios poéticos y artísticos y lo empuja, ya sin vuelta atrás, hacia una literatura útil, comprometida con su tiempo y con su vindicación personal. Pero no es una decisión personal, es el signo de unos tiempos nuevos que arrasan con lo anterior. Es ese cambio el que pretende atrapar en algunos de los mejores momentos de su obra, donde aquel fino cortesano se ve un día asediado por una multitud amotinada en Roma el año 1793 y no mucho después, cuando acude a negociar con Bonaparte en nombre de Braschi y de repente acaba en medio de una batalla con las balas silbando a su alrededor, detenido por uno de los bandos entre paisanos que piden su muerte, con «lo menos una docena de

fusiles y pistoladas encajadas al pecho y espalda, haciéndonos caminar a empujones con las armas» (p. 155). Tiempo de revoluciones. Azara se cuida de recalcar esos contrastes. Él también arriesgó su vida y no solo su buen nombre.

Mas a pesar de todo, si uno lee estas memorias con algo de sana malevolencia, y considera el circunstanciado relato de sus negociaciones con los franceses, tras sus idas y venidas, ardidés y mentiras, incumplimientos y promesas, no se saca otra conclusión que la de que Bonaparte obtuvo cuanto quiso y cuanto las armas le pusieron al alcance. A fin de cuentas, por más cierto que fuese que el corso, «si sabía ganar batallas, [...] ignoraba la manera de tratar con los soberanos y sus representantes y las fórmulas de la diplomática» (p. 170), quien realmente andaba fuera de juego era Azara y no él. Los códigos habían cambiado y Azara solo trataba de no quedarse demasiado atrás. Es luego cuando quiere restituir las cosas a su lugar correcto mediante la escritura memorialística, donde la expeditiva manera de conducirse de Napoleón no podía ya meter baza. La escritura es así el único desquite posible, el único universo controlado y controlable: el de la Historia para aquel a quien la historia le ha acabado mal. Escribió para eso, así que hemos de concluir que fue un esfuerzo vano, pues estas páginas ven ahora por vez primera la luz. Sus palabras pasaron «por los mismos grados de la ignorancia o ilustración pública» (p. 95) en España y ahora llegó la hora, esa hora ilustrada, en la que podemos leer el alegato del caballero Azara, cuando acaso ya solo sirve para el ornato filológico de unos pocos.

Fernando DURÁN LÓPEZ